

dotando a cierta voz de un descarado timbre autocrítico, ya no repiquetean por el espacio los ecos de la palabra grandilocuente —de imperialismos de opereta—, ni los de la palabra divina —al servicio del mercader del día—, ni los de la palabra infamante —cortina de humo encubridora de abominables fechorías propias—, sino que se dispara una auténtica traca de palabras claras, contundentes, oportunas. Son los ecos de una voz antigua: la voz recia de un pueblo al que los neofranquistas, por boca de gansos embuchados por el franquismo, siguen empecinados en apubullar y en sumir de nuevo en el desconcierto y en la desesperación.

Es una réplica directa a ciertos autores que saben muy bien de qué pie ha cojeado en todo momento la fauna política de este país, pero que no titubean en utilizar la confusión para ensartar mofas y sarcasmos, cuando no calumnias, contra un pueblo —el nuestro— que siempre supo derrochar valor y generosidad. Al menos cuando defendía causas nobles. Ahora resulta muy cómodo criticar al prójimo —y mejor si está muerto—, cuando, medrando en una situación concreta e inequívoca —la franquista— faltó gallardía para enfundarse la chaqueta-sahariana de rigor, como correspondía. Menguada autoridad moral puede esgrimirse, en tales casos, para echar en cara a los demás su volubilidad. Y esto, poner los puntos sobre las íes, lo ha logrado, de punta a punta, Cristóbal Zaragoza con su libro. ■

**EDUARDO PONS PRADES.**



## CRISIS POLITICA Y VIOLENCIA SOCIAL EN EL MEXICO INDEPENDIENTE

No parece arriesgado afirmar que la serie de monografías sobre el pasado mexicano que viene publicando la editorial Fondo de Cultura Económica se ha convertido en una obra de tono renovador. Esta nueva historia no es atributaria de temas de carácter exclusivo, en tanto que muchos de los problemas que atraen la atención de los estudiosos que en ella colaboran también interesaron a la historiografía tradicional. Pero muchos de esos temas han sido tratados, o reelaborados, recurriendo a nuevos métodos de análisis y a modernas técnicas para el tratamiento del material histórico. Claro que las nuevas corrientes historiográficas, si bien revelan extraordinarias posibilidades para formular preguntas al pasado, no se hallan libres de peligros. La versión de la historia serial, la enfatización de un enfoque estructuralista subrayando el discurso histórico a largo plazo, conlleva la dificultad de resolver la inevitable latitud que esta misma concepción representa. La respuesta a las incitaciones de una tal elección —ha de ser encauzada entre múltiples opciones alternativas— corre a cargo del investigador y su capacidad para procesar los datos y elaborar los «cuadros» capaces de esclarecer los tramos por donde discurre el acaecer histórico. También existe el riesgo de caer en planteos esquematizantes y, por consiguiente, simplistas cuyo resultado suele ser uno de esos productos tan hipotéticos como poco atendibles desde el punto de vista científico. Pero señalemos que la obra que hoy comentamos (1) prestigia la colección por la importancia y la objetividad de los resultados que nos ofrece su autor. La masa documental manejada y la incorporación de cuadros explicativos, tablas estadísticas y apéndices, permiten pasar con faci-

(1) HAROLD D. SIMS, *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

lidad del plano de la descripción minuciosa de los hechos a la explicación histórica con la valiosa ayuda que proporciona esta información cuantitativa. Centrando la atención en el núcleo esencial de los problemas que presenta un periodo de difícil estudio, el libro repasa los aspectos de la realidad mexicana que impulsaron el decreto de expulsión de los españoles, así como las consecuencias que para esta misma realidad acarreó el cumplimiento de tan dura medida. El investigador tiene presente que: «México se encontraba desgarrado entre los dos polos de su realidad: el orden colonial, del cual los españoles eran un recuerdo vivo, y el nuevo orden republicano.» La historia es materia viva, y el trabajo del autor pone al descubierto la serie de factores que, por debajo de la enconada lucha entre los dos sectores de la masonería mexicana predominantes en ese periodo, se amalgamaron hasta proporcionar el pretexto utilizable por el partido nacionalista. No eran solamente los temores de los nativos al peligro potencial que representaba la colonia española en el proceso de gestación del país independiente, sino que estaban también los prejuicios populares que atribuían a los «gachupines» la inestabilidad económica que aquejaba a la República; los recuerdos muy recientes de la sociedad colonial y la sospecha, más tarde corroborada, de que algunos españoles conspiraban contra el gobierno. Así, pues, el movimiento expulsionista de 1827 estuvo dirigido contra un sector representante del orden colonial y que mantenía su posición de predominio económico en la nueva sociedad mexicana. La importancia del núcleo español no residía en su número, como señala acertadamente Harold D. Sims, puesto que la cifra más recibida y verificada por su investigación los situaba en unas 6.610 personas, y tampoco en la presión política que podían ejercer directamente, puesto que habían sido desplazados por los criollos en las instituciones republicanas, sino que: «...lo cierto es que su posición económica y social seguía manteniendo una tendencia muy similar a la que exhibía en la estructura colonial».

La estructura federal no auguraba un porvenir apacible para los españoles, puesto que existían motivos más que suficientes para temer la pérdida de control sobre las provincias por





parte de la capital. La rebelión encabezada por Hidalgo en 1810 era un hecho todavía vivo en la memoria de muchos peninsulares, así como el conocimiento de que muchas regiones habían manifestado su antiespañolismo en las luchas independentistas. Pero la coyuntura económica por sí misma no constituía un elemento suficiente para el desencadenamiento de la etapa xenófoba, ni tampoco la conflictiva situación interna de la joven República, aunque contribuían, ciertamente, al aumento de la inestabilidad de la población española. Era necesario un factor desencadenante y este fue, en definitiva, la utilización, como bandera política, de las desconfianzas que alimentaban el sentimiento antiespañol. El partido que capitalizó la corriente expulsionista era el sector de la masonería conocido como «yorkino» y alistaba el sector criollo de tendencia nacionalista y federal. Sus oponentes eran los integrantes del partido escocés, que nucleaba el sector conservador de la sociedad mexicana: «El criollo acomodado, como el español, tenía mucho que perder si el partido yorkino lograba movilizar a las «clases bajas» para su cruzada antiespañola en 1827»... «Las clases acomodadas de México temían los resultados que podrían presentarse si se alcanzaba esta meta final, tanto para los españoles como para ellos mismos. Seguramente sabían que el orden colonial en general, la posición de la Iglesia, la estructura del comercio y las posibilidades de centralismo —todos estos asuntos de crucial importancia para sus propios intereses— sufrirían

transformaciones radicales si se llegaba a expulsar a los españoles. La violencia reinante en la segunda mitad del año 1827 sirvió para empujar al partido escocés a la acción en diciembre y la élite proclerical se encontró, quizá por primera vez, de acuerdo con los masones escoceses.»

Las revueltas populares causaron víctimas en varias provincias entre los españoles, pero los acontecimientos empeoraron sensiblemente cuando fracasó la tentativa de levantamiento propiciada por el partido escocés, y en la que intervinieron elementos de la colonia peninsular. A partir de ese momento, las medidas de expulsión se intensificaron; pero la concreción de un hecho que alcanzaba tal magnitud tenía consecuencias para ambas partes. Los historiadores mexicanos casi contemporáneos de la primera etapa de expulsión no vacilaron en subrayar el impacto que el cumplimiento de la medida, pese a que fue considerablemente limitada en su ejecución, tuvo un efecto negativo sobre la economía del país. El clero recibió duros ataques a causa de sus extensas propiedades rurales y por tratarse de una corporación integrada casi exclusivamente por españoles. No obstante, el ataque al clero desmanteló casi totalmente el sistema tradicional de hospitales y escuelas que era atendido por la Iglesia. Otro grupo social afectado fue el español comerciante, aunque este último se mostró, con frecuencia dispuesto a emigrar voluntariamente con su fortuna. En la minería se pudo notar un doble efecto adverso. Por un lado, con la salida de los españoles se produjo una exportación masiva de metales preciosos; por otra parte, la producción local de oro y plata se vio reducida por espacio de muchos años, dado que tradicionalmente estuvo en manos peninsulares y con ellos emigraba la experiencia en ese tipo de empresa. El comercio de importación-exportación se vio afectado, naturalmente, y con ello la recaudación de aduanas y toda la política económica y fiscal del gobierno federal. Las consecuencias políticas, a su vez, fueron diversas puesto que la forma en que se llevó a cabo la expulsión no dejó satisfechos a los «nativistas» y creó serias reservas en los criollos cosmopolitas acerca del sistema federal de gobierno. En muchas provincias los españoles encontraron personas que les res-

paldaran para permanecer en el país; en otras, donde la aplicación sin reservas de la medida habría dañado seriamente la economía local, se vio renacer la antigua máxima colonial que rezaba: «obedezco pero no cumplo».

Cerrar esta nota con la cita de un fragmento de las conclusiones a que arriba, en su excelente trabajo, Harold D. Sims, constituye una solicitud tentadora que no podemos rechazar: «El movimiento expulsionista de 1827-28 fracasó tanto en alcanzar su designio de arrojar de México a todos los españoles como en su carácter de medida para proteger la independencia. En realidad, puso en grave peligro la independencia nacional al proporcionar tanto oficiales como soldados para las fuerzas españolas que participaron en la invasión emprendida desde La Habana a mediados de 1829. Tampoco logró fortalecer la economía de la nación, lo cual había sido una de las ilusiones de los primeros proponentes de la expulsión, sino que por el contrario, México quedó muy gravemente debilitado tanto físicamente como en su comercio exterior. Además de los cambios económicos, la «gente decente» vio con profundos temores la destrucción de las garantías sociales. El clero que se quedó en el país, también se encontró con que la Iglesia ya no podía desempeñar su papel tradicional de guardiana de las garantías sociales, porque los nativistas, en realidad, habían declarado la guerra a la élite social tradicional, y los que de ésta quedaban, muy pronto aceptaron el desafío y buscaron el modo de defenderse.» Por debajo de la sobria y objetiva exposición del autor emerge, implícito, el juicio histórico. La medida de expulsión de los españoles, aunque explicada políticamente, era inhumana e injustificable; revelaba, en definitiva, por parte del sector que la propiciaba, impotencia o desorientación ante los problemas reales que enfrentaba el país. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ.

## MARX Y LA ENSEÑANZA

Lo primero que hay que decir de esta antología de **Textos sobre educación y enseñanza**, de Marx y Engels (1), es que el contenido, es de-

(1) Editorial Comunicación. Madrid, 1978.